

Recordando a Calero

Era de modesta presencia, en su imagen y en su trato. Casi se diría que se complacía en ello, si no fuera tan opuesto a cualquier mistificación. Pero es como si le gustase aparecer así, entre despistado e ingenuo; encogido, tantas veces colgado del brazo de Ignacia, su esposa, compañera ya desde sus tiempos de estudiantes e inseparable de por vida. Con aroma de terruño, tenía una pinta como de alcalde de un viejo pueblo manchego. Afable y cordial en el trato, de sencillas maneras pero nada tímido ni carente de humor. De firmes convicciones, sabía defenderlas sin levantar la voz pero con serenidad y entereza. Y era tan bondadoso que cualquier trastada de que fuera objeto la interpretaba siempre como una distracción involuntaria de quien se la hiciera; y tan humilde, que los sinsabores y las penas que la vida ponía en su camino los miraba como ayudas que Dios le enviaba para librarle de caer en la soberbia. Bien sé que ensamblando todas estas piezas no me sale el retrato de Gonzalo Calero pero son las primeras que acuden a mi mente en este recordatorio.

Yo no le conocí hasta los primeros años sesenta, cuando vino a la cátedra del Instituto “Ramiro de Maeztu” desde la que había ocupado en Sevilla. Me lo encontraba por los pasillos del Instituto “Jorge Juan” del CSIC desojándose por desentrañar algún pasaje de *Commutative Algebra*, de Zariski y Samuel, por aquel entonces recién salido del horno. Y es que D. Pedro Abellanas ya le había cogido por su cuenta y puesto a trabajar en uno de sus temas favoritos, en el que fue puntero: las correspondencias algebraicas. Todavía recuerdo, de mis tiempos de alumno suyo en Zaragoza, que al hacerse pública cada año la lista de cursos de doctorado, el de D. Pedro era invariablemente ése: “Correspondencias algebraicas”. Había sido el correlato que él puso a las correspondencias birracionales que Zariski dio poco antes a conocer y en él iba formando a algunos de sus discípulos. Calero fue uno de ellos y sus aportaciones, que fue desgranando entre los años 67 a 74 en aquellas entrañables reuniones de matemáticos españoles y luego también portugueses, tuvieron como cúpula su tesis doctoral; si mal no recuerdo, “Correspondencias algebraicas simples en el espacio afín”. Tiempo después completó su paralela dedicación a la docencia universitaria en nuestra Complutense con el acceso a una titularidad (o como se llamase, que ya me pierdo en la multiplicidad de cambios y nombres). Pertenece, pues, Calero a esa estirpe de antiguos Catedráticos de Instituto, el tristemente “dinamitado cuerpo de espléndidos docentes (leo en un reportaje y lo suscribo), los más conspicuos, bien en su modesta esfera, aparentemente, de la Enseñanza Media, bien en el paso, el salto, a la Universidad”. Y continúa aquel suelto añorando cómo recordamos los nombres de nuestros profesores de Media y reconociendo el mérito de quienes forman a la mayoría de nuestros hijos: “agradecer, otro dolor de España”, concluye.

Pero en aquel círculo que rodeaba a Calero, definido por D. Pedro, la Facultad de Ciencias y el “Jorge Juan”, se iban cocinando más cosas. Había llegado la hora, en todas partes, de la renovación didáctica de las matemáticas. D. Pedro Abellanas, muy en su carácter, cogió el toro por los cuernos y nos embarcó a unos cuantos en esa aventura. Por supuesto a Calero, a Martínez Losada, con otros profesores de bachillerato, a Laplaza, Arregui, quién sabe cuántos más, amén de los contactos con otros centros españoles. ¡Cómo trabajamos entonces! Escribimos libros-piloto, celebramos un congreso con los franceses, teníamos cenáculos inacabables en el “Jorge Juan” y, sobre todo, multitud de cursos, ciclos de conferencias y reuniones con profesores interesados en aquel movimiento. Nuestra mayor satisfacción era ver el gusto y hasta el entusiasmo con que seguían nuestras lecciones y el calor con que nos acogían. Madrid, Zaragoza y Pamplona quedan imborrables en mi recuerdo y, por lo que después comentábamos, también en el de Calero. La decepción no tardó en llegar: cambios administrativos invalidaron todo aquello pero lo peor fue la reacción, una especie de soterrada campaña para desacreditar lo que habíamos hecho con tanta ilusión y esfuerzo; y con errores también, qué duda cabe, pero no como para desatar unas críticas que, al menos a mí, me llenaron de amargor. Es posible que Calero, que era mucho más bueno, pasara por ello sin sentirse aludido o, en todo caso, disculpándolo.

De hecho él siguió impertérrito con su didáctica y con su estudio. Pienso sinceramente que disfrutaba aprendiendo y se deleitaba enseñando. En estas mismas páginas ha contado cómo

continuaba asistiendo en la Facultad a las lecciones de D. Pedro: “Algunos cursos ordené adecuadamente mi trabajo para poder ir a sus clases. (...). Era un auténtico maestro en los contenidos y en la forma de exponer las ideas. Haber podido asistir fue un auténtico gozo para mí, lo que fue otro motivo más de agradecimiento.” Lo malo es que lo mismo hizo conmigo; y digo “malo” porque cualquier comparación entre unas lecciones y otras rozaría el sarcasmo. Pero el bueno de Calero, con una contumacia digna de mejor causa, venía año tras año a mi curso de geometría diferencial, como si todavía pudiera enseñarle algo. Y aún quería, con insistencia muy propia de él, que siguiera explicándolo después de mi jubilación. Con ella pasamos, de vernos diariamente y subir juntos desde la Universitaria, muchas veces en compañía de Rodríguez Salinas, a no vernos ya casi nunca.

La última vez que hablé con él fue por teléfono, cuando me anunció que había muerto Ignacia y sentía el alma herida de soledad. Por rara curiosidad, también la última llamada de D. Pedro, tiempo antes, fue para pedirme el número del teléfono de Calero. Aquel discípulo suyo, dechado de fidelidad. El pasado noviembre fue él quien nos dejó definitivamente y ya nada le queda por aprender, aunque sí por enseñarnos, a través de su ejemplo. Nuestro amigo, que solía manifestarse alegre por saberse amado por Dios, habrá ya alcanzado la plenitud del amor y de la paz. Que eternamente le acompañen.

José Javier Etayo Miqueo